

SPRING
BOWERY

EL BOWE



RY



LA Tercera Avenida, entre Cooper y Chatman Square, toma el nombre de Bowery Street: el fondo es siempre el mismo, el de los rascacielos de Manhattan y los enormes automóviles que navegan entre bamboleos y estrépito por el mar de asfalto.

Pero Bowery, a pocos minutos de taxi del centro, ya no es Nueva York, ya no es América ni el «american way of life». Bastan pocas manzanas de diferencia para ver desvanecerse de golpe, casi por una magia perversa, toda traza de riqueza y de grandiosa prosperidad. Bowery es el Infierno. El principio del fin y, al mismo tiempo, el final de toda miseria. Vicio, abyección, esclavitud, muerte. La llaman de otras maneras: la calle maldita, de los pasos perdidos, el lugar más miserable de los Estados Unidos, lugar del que no se retorna.

En las aceras de Bowery Street viven 6.000 desesperados, para los cuales el alcohol es comida, droga, medicina, razón de vivir. Comienzan a beber por la mañana, apenas abren los ojos, y continúan ingurgitando alcohol mientras tienen dinero para pagárselo o hasta que caen al suelo alcoholizados. Una borrachera dura años enteros, y casi siempre termina en el cementerio. Cada día, durante todos los días del año, mueren tres o cuatro alcoholizados. Al cabo del año, los muertos llegan a la impresionante cifra de 1.100 a 1.500, una cuarta parte de la «población media» del Bowery.

Cada muerto es sustituido por un recién llegado, venido de lejos o de una ciudad vecina. Vienen del sur y del norte, del este y del oeste, dejando tras sí, indiferentes, un pasado de miseria o de aburrimiento, una familia feliz o la soledad. Vienen a beber y a morir, una forma de suicidio colectivo que dura ciento veinte años y que nunca llega a detenerse.



LA CALLE MALDITA DE NEW YORK

En las aceras de Bowery Street viven seis mil desesperados, para los cuales el alcohol es su vida y será, tal vez, su muerte. Cada año, los muertos pasan de mil. Y cada año, también, nuevas oleadas de desesperados, de «outsiders», de hombres que han perdido la ilusión de vivir, vienen a cubrir los puestos de los muertos en esta calle maldita.



La mañana empieza para estos hombres con el alcohol. El día y la noche



EL BOWERY



terminarán también de la misma forma. Estos hombres no forman parte del «american way of life», no tienen ansias de «prosperity», ni piensan luchar por nada.

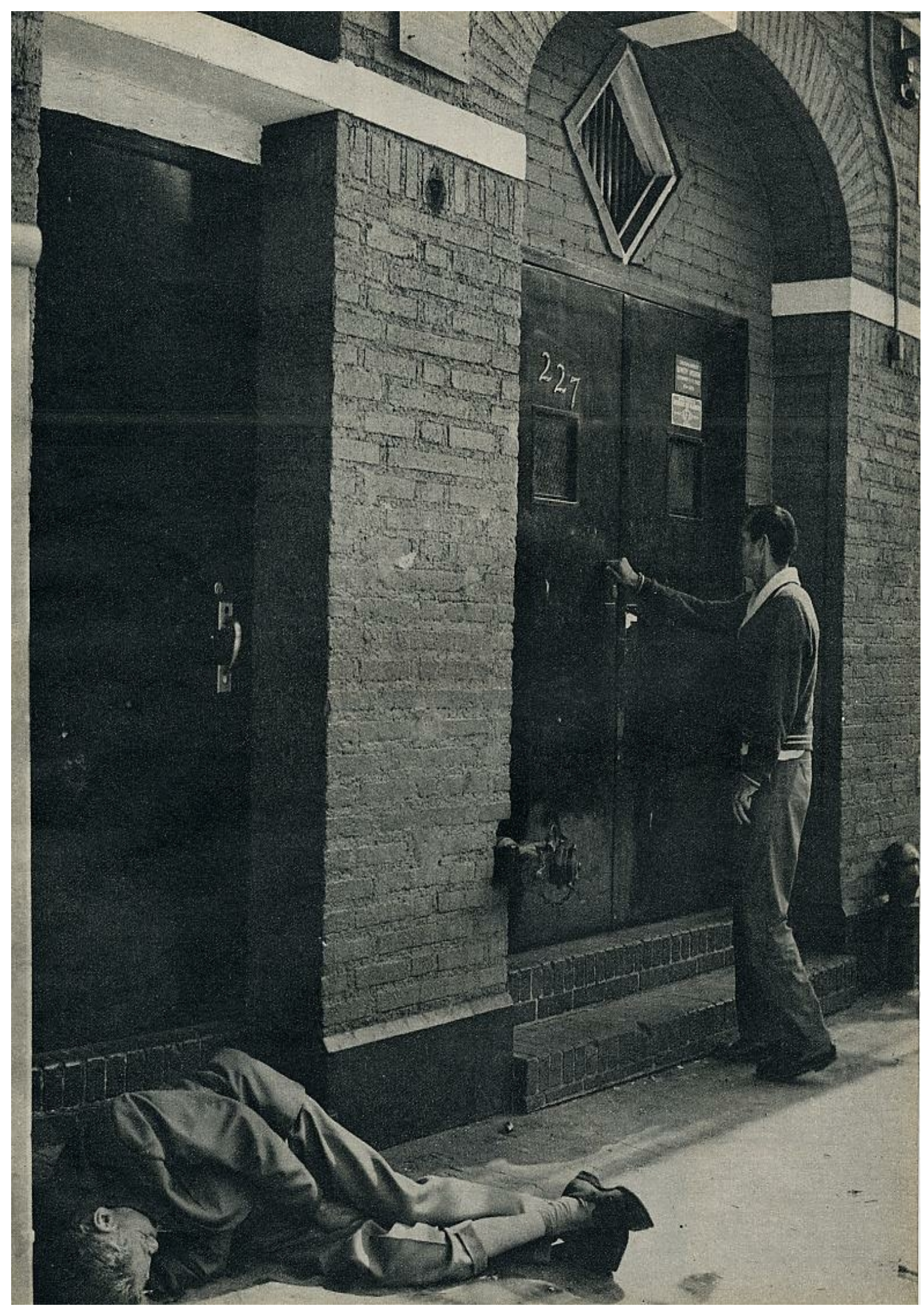
En muchas ciudades americanas prosperan Bowerys en miniatura: en Cleveland, Ohio, está la calle Novena; en Filadelfia, Pennsylvania, la Wine Street, la calle del vino. En USA viven seis millones de alcohólicos: un tres por ciento de su población.

No siempre Bowery fue un lugar depravado. Comenzó siendo la calle de la factoría —eso significa su nombre— holandesa de Nueva Amsterdam, el antiguo nombre holandés de Nueva York. Luego, poco a poco, se establecieron en ella los emigrantes más miserables, los futuros gangsters y hombres de la Mafia. Los vecinos habituales fueron abandonando la calle, que se convirtió en el centro de la prostitución y de la embriaguez, llena de mendigos que piden limosna para beber. Frecuentemente, comen una sola vez al día, y no todos los días, pero nunca dejan de tomar de tres a cinco litros de vino diarios, según el dinero que tengan disponible.

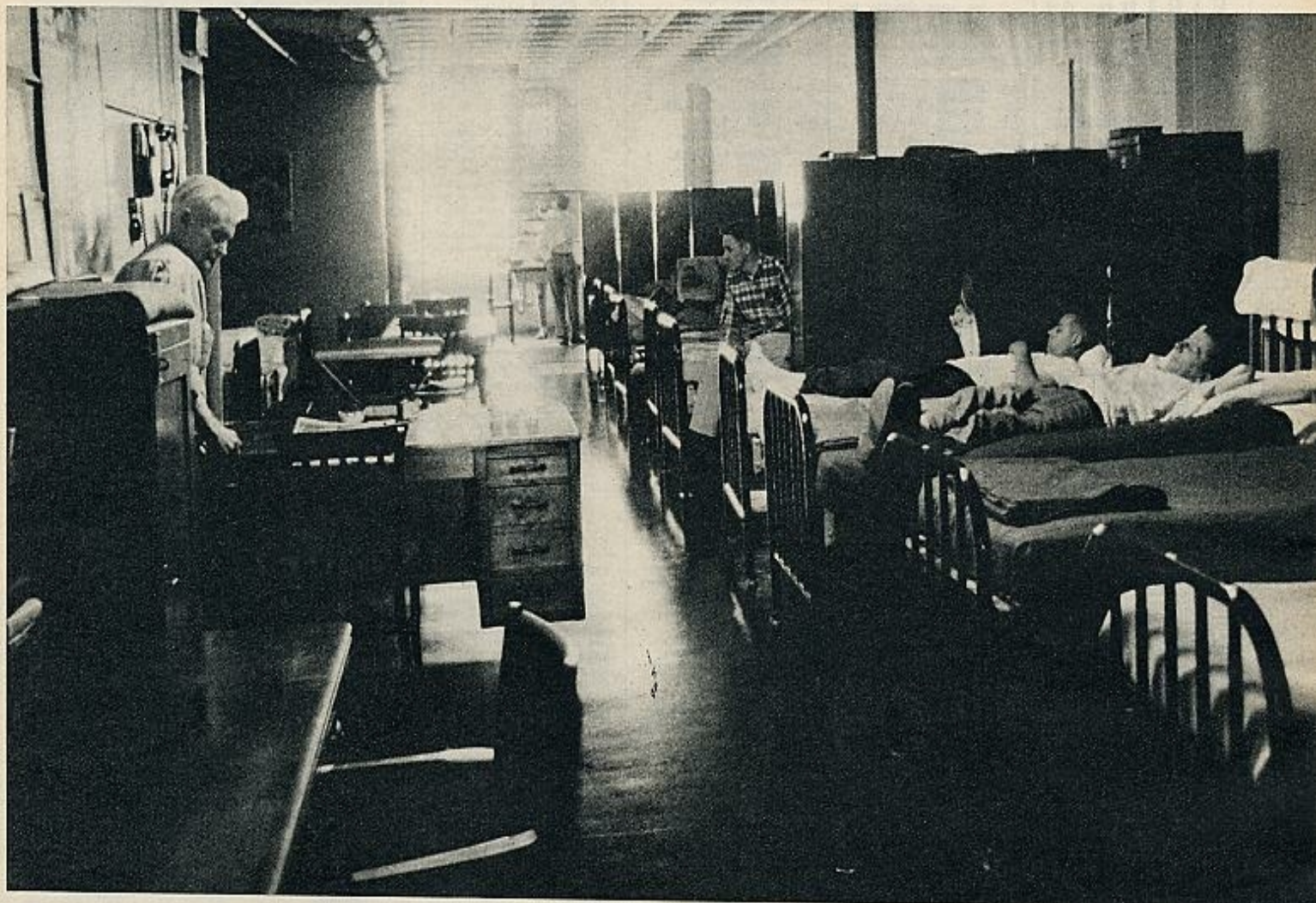
Bowery es un «ghetto» para quien se muestra incapaz de trabajar y producir. Quien no participa del ansia común de «prosperity», quien no se deja aferrar por el mecanismo de la organización y de la planificación, en América está considerado como una especie de leproso, pese a lo rico o culto que pueda ser. La generación maldita es una de las pequeñas Américas que contrastan dramáticamente con la América tradicional, rica, grande, potente.

Bowery es una escuálida, minúscula anti-América, junto con el Greenwich Village, con sus beats, los hippy y los jóvenes alucinados; junto con Harlem y los barrios negros, con Casius Clay y el poder negro; junto con los «slums» y los subempleados. Son todos fenómenos colectivos de protesta o de rebelión, que abarcan un cam-





EL BOWERY



La autodestrucción parece ser el fin de los habitantes de Bowery. Allí se creó una Misión, que funciona desde finales del siglo XIX, y que recogía a los emigrantes. Cada año entran en la Misión unos trescientos hombres. Sólo un treinta y cinco por ciento consiguen desintoxicarse y reanudar una vida normal.

po vastísimo: del simple abandono a la revuelta intelectual y pseudo-artística y la violencia declarada.

La humanidad de Bowery, otra anti-América más, parece no tener sino un fin: la autodestrucción. Acaso no tengan otra puerta de salida que la del cementerio.

Como alternativa, la Misión de Bowery puede ser una esperanza. Fundada por el reverendo Albert G. Ruliffson en 1879, hospeda y cura a todo aquel que quiere redimirse de la esclavitud del alcohol para volver a una existencia normal. Cerca de 300 hombres —el cinco por ciento de la población del Bowery— entran anualmente en la Misión. De cada cien, apenas 35 consiguen desintoxicarse: los otros mueren o vuelven a beber. Su puerta metálica siempre está cerrada, pero Robert Tucker, administrador y consejero social de la Misión, abre la puerta, a cualquier hora del día o de la noche, a todo aquel que vaya en busca de ayuda.

Sin embargo, pese a esfuerzos como éste y a los proyectos municipales de rehabilitar la calle, la pequeña anti-América de Bowery Street, «ghetto» de alcoholizados y demoníaca industria del suicidio colectivo, continúa persistiendo. Es un fenómeno que desmiente todas las afirmaciones de los que creen ciegamente en el mito del bienestar y la planificación de la sociedad de consumo. Ni los dólares, ni la organización, pueden curar, por sí solos, al hombre infeliz.

